

JORGE MAÑACH

La cura que quisimos

Artículos sobre la Revolución Cubana

Compilación de Carlos Espinosa Domínguez

Prólogo de Duanel Díaz Infante

Apéndice: “Jorge Mañach o la tragedia de la inteligencia
en la América Hispana”, de Gastón Baquero



Edición: Duanel Díaz Infante
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Caricatura de Rafael Blanco
© Herederos de Jorge Mañach, 2017
© Herederos de Gastón Baquero, 2017

© Sobre la compilación: Carlos Espinosa Domínguez
© Sobre la presente edición: Casa Vacía, 2017

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798320297378

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

ESTA COMPILACIÓN de artículos de Jorge Mañach es parte de un proyecto mayor, encaminado a recuperar parte de su faena periodística. Y digo parte, porque reunirla toda es una tarea, si no imposible, sí muy ardua. Sus primeras colaboraciones en la prensa cubana datan de cuando tenía diecisiete o dieciocho años; la última la redactó pocas semanas antes de morir. En varias ocasiones se quejó de la servidumbre del diarismo, que según él no le dejaba tiempo para escribir los libros que prometió a lo largo de su vida y que nunca llegaron a ver la luz. Pero nunca pudo abandonar la que fue su pasión más fiel y duradera, acaso porque al igual que su admirado Ortega y Gasset, era un escritor de artículos y de pequeños ensayos. De hecho cuatro de los libros que publicó —*Glosario* (1924), *Estampas de San Cristóbal* (1926), *Pasado vigente* (1939), *Visitas españolas: lugares, personas* (1959)— los armó a partir de materiales periodísticos.

En una entrevista aparecida en 1956, Mañach comentó que un buen amigo suyo se había dedicado bondadosamente a hacer una bibliografía de lo publicado por él hasta ese momento. El registro sumaba “unos ocho mil títulos, entre artículos, conferencias y ensayos”. Si se pudiese reunir todo el material disperso, que se halla en periódicos y revistas, el número de páginas como mínimo triplicaría el de todos sus libros. Pero no se trata solo de una cuestión cuantitativa. Su labor periodística es una parte sustancial de su actividad intelectual y literaria,

aquella que probablemente constituye su columna vertebral, aquella en la cual se volcó con mayor vehemencia. De ello se puede deducir que solo tendremos una imagen cabal de su pensamiento y de su trayectoria humana e ideológica cuando ese copioso material esté accesible y al alcance de los lectores. Y justifica también la necesidad de acometer ese proyecto.

C.E.D.

MAÑACH: UN SABOR DE CENIZA EN LA BOCA

EN SU prólogo a *Pasado vigente* (Editorial Trópico, La Habana, 1939), Jorge Mañach escribía: «Este es un libro político en el sentido más entrañable; político en una hora política. Muestra el breve camino de una ilusión cubana desde la crisis pesimista con que estas páginas se inician hasta la esperanza renacida -pero aprensiva ya de todo lo que ha venido después- con que el libro concluye. No se busque en él literatura alguna.» Firmadas en julio de 1939, estas palabras podrían en parte servir para presentar el volumen que ahora, gracias a la generosa labor de Carlos Espinosa, ponemos a disposición de los lectores. La revolución no es la del 33 —*Pasado vigente* reúne ensayos sobre la dictadura de Machado y su caída, la Mediación y el militarismo que siguieron—, pero la «ilusión cubana» es la misma. Eso sí: no hay esperanza renacida al final, sino una desilusión enorme. Él, que en 1959 había escrito: «En una crisis pavorosa, el pueblo unido volvió a situarse en el más alto nivel moral de su propia historia. Ya podemos confiar para siempre en él. No creo que vuelva a vivir, en el incalculable futuro, una nueva hora de opresión y de ignominia», llegó a ver, exiliado ya en Puerto Rico, cómo Cuba se convertía en una nación comunista. Antes celebrado como salvador, Fidel Castro se revelaba, para el Mañach vencido, ya moribundo, que dio declaraciones

a *Bohemia Libre*, como un doble traidor. El Ángel de Fidel se convertía en Calibán.

Es justo así, como monstruo, que aparece el castrismo en «Jorge Mañach o la tragedia de la inteligencia en la América Hispana» (*Cuba Nueva*, 1 de septiembre de 1962), poco conocido ensayo de Gastón Baquero que reproducimos al final de este volumen. El elogio póstumo resulta casi un pretexto, aquí, para la reflexión crítica sobre la penosa tesitura de la *intelligenstsia* en los países hispanoamericanos, Cuba en particular. Más allá de señalar lo ingenuo del fidelismo de Mañach, Baquero echa una mirada sobre toda la trayectoria de este, culpando a sus continuos afanes públicos del fracaso, o por lo menos del menor alcance, de su obra literaria.

Mañach, recordemos, fue uno de los jóvenes que participaron en 1923 en la “Protesta de los Trece” contra la corrupción en el gobierno de Alfredo Zayas; en 1931 fue fundador de la organización antimachadista ABC y uno de los redactores de su Manifiesto-programa *El ABC al pueblo de Cuba*; secretario de Instrucción Pública en el gobierno de Carlos Mendieta (1934); delegado a la Asamblea Constituyente y senador en 1940. Luego, cuando el ABC, ya por entonces un partido muy minoritario, se disolvió en 1947, Mañach se incorporó al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). Editó y prologó la primera edición de *La historia me absolverá* en 1954, y el año siguiente organizó y presidió el Movimiento por la Nación Cubana, que buscaba una salida pacífica a la crisis política que atravesaba el país, y fracasó enseguida. Según Baquero, es justo por estar siempre metido en la cosa pública que Mañach no habría podido realizar todo su potencial de escritor. En la semblanza de Baquero, Mañach aparece como un hombre del siglo XIX, moviéndose en un siglo, el novecientos, que

no era ya propicio para su tipo de mentalidad, su fundamental decoro y hasta su estilo. De ahí su tragedia, la de quienes predicán en el desierto, el destino de una élite condenada a perder la batalla ante una rebelión de las masas tan incontenible como un cataclismo.

Ciertamente, Mañach tiene ese algo decimonónico que señala Baquero, pero a la vez se nos aparece con un inconfundible sabor republicano. Estos artículos, publicados en el *Diario de la Marina* y en el semanario *Bohemia*, donde colaboraba de modo regular desde 1945, constituyen el final de una incansable actividad periodística indisolublemente ligada a esa época que en 1959 tocaba a su fin. Así lo vieron, por cierto, los jóvenes airados de *Revolución*, que le recriminaron a Mañach, con la insolencia que les otorgaba la edad y la época, el estar siempre «en la cerca». Su defensa de la Revolución era demasiado tibia para ellos. El hecho mismo de hacerlo desde las páginas del *Diario de la Marina* les parecía censurable. Mientras en *Lunes de Revolución* Virgilio Piñera hace autocrítica por el anticomunismo de su obra de teatro *Los siervos*, Mañach señala en el *Diario de la Marina* que la Revolución tiene su límite histórico, y advierte que ese límite no debe desbordarse “para llevar a Cuba a un sistema político-social que ignore eso y que la inmensa mayoría de nuestro pueblo repugna.”

Esto lo escribía el 20 de diciembre del 59. Era “wishful thinking”. A lo largo del año 60, el límite fue desbordado y Mañach se fue quedando sin espacio en el nuevo orden revolucionario. En marzo, la CMQ, donde conducía el programa de televisión “Ante la prensa”, fue confiscada; en mayo el gobierno clausuró el *Diario de la Marina*; en julio *Bohemia* fue nacionalizada y él dejó de escribir en ella. En septiembre, Mañach fue retirado de

la Universidad de La Habana, donde había ejercido por décadas como Catedrático de Filosofía. En octubre se le ofreció restituirlo en la posición, pero él declinó la oferta. El 2 de noviembre partió a San Juan, para ofrecer un curso sobre José Martí en la Universidad de Puerto Rico. Allí moriría el 25 de junio de 1961.

De lo que ocurrió en esos últimos meses sabemos poco. Se dice que Fidel Castro le ofreció mandar un avión a buscarlo a Puerto Rico, si quisiera regresar a la isla. También se dice que su casa fue asaltada, los libros tirados a la calle. De ser cierta, sería esta la más gráfica evidencia de ese «proceso de destrucción de la inteligencia, sacrificándola a una polis, a una multitud en convulsión y en fiebre de irracional obediencia a los instintos» que decía Baquero. En cualquier caso, ese «mal de Cuba» de que habla el poeta en su ensayo no fue una enfermedad sobrevenida de súbito, una pura calamidad. “Lo que está pasando es en buena medida consecuencia de lo que pasó”, escribía Mañach en su radiografía de la dictadura de Batista, y hoy podríamos decir lo mismo, solo que, en vez de seis años, serían otras tantas décadas. Si bien el espectáculo de las ruinas nos induce a ver el castrismo como causa, la Hecatombe es en gran medida una consecuencia. De ahí el interés que conservan estos artículos de Mañach: escritos como “El drama de Cuba” y “La Revolución Cubana y sus perspectivas” no son sólo radiografías de la dictadura de Batista, sino también de aquella Cuba surgida a raíz del 4 de septiembre del 33, cuando no había ya Enmienda Platt (fue derogada oficialmente en 1934, durante el gobierno de Mendieta) pero tampoco existía amistad cubano-soviética, y la República alcanzó su mayor grado de prosperidad y autonomía, justo antes de perderse a manos de la corrupción y la demagogia.

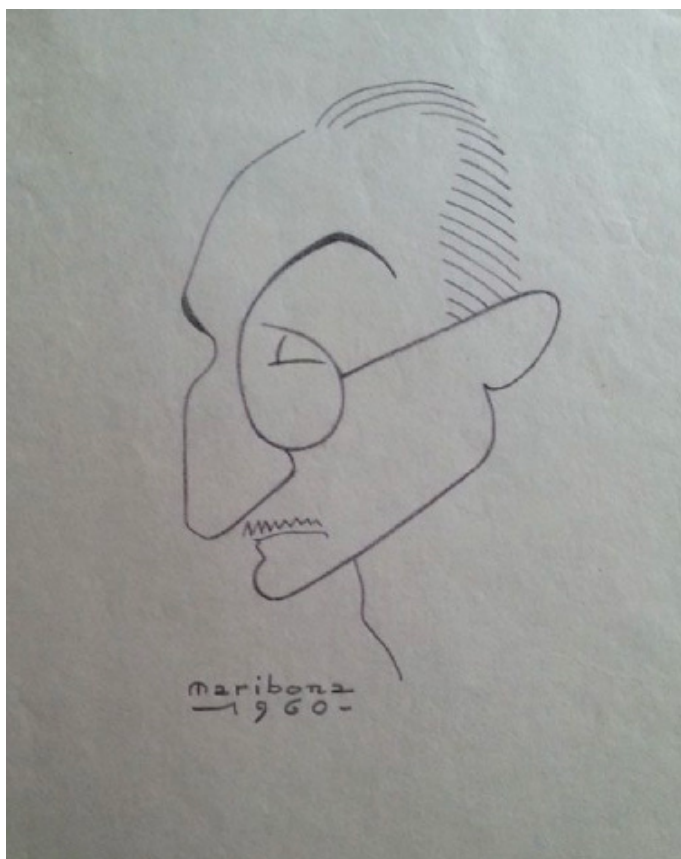
Básicamente, la tesis de Mañach es que la revolución del 59 viene a realizar aquella renovación integral de la República que la del 33 se propuso sin conseguirlo. Rememorando los años críticos que siguieron a la caída de Machado, Mañach apunta que aquellos afanes dejaron «un sabor de ceniza en la boca». A pesar de logros tan considerables como la Constitución del 40, la república siguió siendo vista como deficiente. En la introducción al tercer curso de la Universidad del Aire, en octubre de 1949, Mañach señalaba: «Desde hace ya bastante tiempo, la política está cada vez más dominada por el arribismo, la prisa del aprovechamiento descarado, la incompetencia más escandalosa».

Tras el funesto golpe de estado del 10 de marzo, esta crítica acérrima de la República se acentuó. La República necesitaba una cura de caballos, y es eso lo que Mañach celebró en el movimiento liderado por Fidel Castro. Si la crisis del machadato había propiciado la revolución del 33, la crisis del batistato había servido como caldo de cultivo de la revolución del 59. Ahora, como en los tiempos de Mella y Trejo, la revolución, secuela de aquella otra interrumpida por el militarismo, daba muestras de un heroísmo reminiscente de las guerras de independencia. La revolución, en una palabra, había puesto de moda la «virtud». No ya la «virtud doméstica» que los hombres de la primera generación republicana preconizaran en tiempos de la Enmienda Platt, sino una virtud menos modesta, más grandilocuente, más martiana. ¿No es justo eso, la virtud, el vínculo entre la famosa escoba del senador Chibás y los atentados que en los años cruentos de la lucha contra Machado este organizara junto a sus compañeros del DEU, entre la enérgica prédica populista del líder ortodoxo y el recurso a la violencia por parte de

unos jóvenes de clase media que en 1953 se veían como sus discípulos?

El futuro ha sido, ciertamente, incalculable.

DUANEL DÍAZ INFANTE



Retrato de Jorge Mañach , de Armando Maribona (1960).

¿POR QUÉ NO LA AMNISTÍA A LOS DEL MONCADA?

Sean o no las elecciones anunciadas para noviembre una salida, cierta y al claro, de la situación creada el 10 de marzo, lo que a la vista está es que hay muchos “pasquines” colgando de los faroles con la efigie de más o menos oscuros varones, y que los prohombres del régimen y de su oposición grausista (algo así como lo que en Inglaterra llaman “la Oposición de Su Majestad”) hablan de la consulta electoral como de cosa segura. El Gobierno arrecia en sus gastos y amaina en sus represiones. Y el “Patio de la Cubanidad” es a todas horas un jubileo de los que realmente creen en la taumaturgia del Doctor para volver a ponerle a cada cubano cinco pesos en el bolsillo y de los que, menos ingenuos, razonan su embullo aduciendo que votar por el Viejo es restarle votos a Batista. En suma, el aire se ha puesto, en la apariencia al menos, decididamente eleccionario.

Pero supongo que a todos los aludidos les interesará algo más que la apariencia. Con pasquines y chupinazos solamente no se hacen unas elecciones medianamente dignas de tal nombre. Se trata de competir por la preferencia del pueblo. Para ello es necesario convencerlo, infundirle por lo menos la certidumbre de que no está formando parte de una comparsa. Esto requiere tribunas donde se diga lo más posible la verdad, con los acentos

severos que a menudo exige. No puede haber en el ánimo público la sensación de que algo se está callando, de que hay un esqueleto en el escaparate. Sería demasiado grotesco el abigarramiento de los pasquines, el estampido de los cohetes, el campaneo de la chambelona y los discursos de empinada retórica, si junto a tales ruidos eleccionarios hubiese toda una zona en que hubiera que hablar a media voz, todo un tema de hondo interés cívico que no se pudiera tocar.

Pues bien: eso es lo que va a ocurrir si antes de continuar con el embullo no se acuerda una amnistía para los presos políticos que aún quedan y especialmente de aquellos que son los más políticos de todos: los presos por el episodio del Cuartel Moncada.

Sé que el tema es escabroso, pero ello no es razón para esquivarlo. Somos muchos los ciudadanos que no acabamos de ver la razón por la cual en las altas esferas se mantiene una cerrada y hosca resistencia contra la liberación de esos muchachos. El hecho de que asaltaran un cuartel no justifica, desde luego, ningún especial resentimiento. Nadie sabe mejor que el General Batista que eso es un recurso clásico de todo el que se siente con agallas para intentar un cambio de régimen del modo más expeditivo. Es también el modo más leal, más franco, más heroico. Se comprende que los poderes establecidos les guarden profundo rencor a quienes buscan su derrocamiento por vías más tenebrosas y oblicuas; pero si ha de haber conspiraciones, creo que hasta habría que darles un premio, en alguna forma, a quienes las tramitan a pecho descubierto, midiendo lealmente las armas nada menos que con los soldados en que el régimen se asienta.

Lealmente, digo. Y esto me trae a considerar cierto argumento que parece haberse invocado en las altas es-

feras para denegar la amnistía a los asaltantes del Moncada. Creo que se les imputa el haberse conducido arteramente en el ataque. Como no intento aquí hacer ninguna apología de aquel episodio, ni aun su defensa, sugiero que esa imputación quede por examinar hasta el día en que todos los hechos se conozcan con testimonios abundantes de ambas partes. Hasta ahora, aquellos hechos están sumidos en la sombra, y lo que de ella ha podido despejarse no destaca precisamente a los atacantes con perfiles siniestros...

Su “crimen” demostrado es, únicamente, el de haber atacado a una guarnición militar. Un periodista que es, además, consejero consultivo me decía hace poco que eso “en cualquier otro país se hubiera castigado inmediatamente pasando por las armas a los culpables”. Supongo que al decir “en cualquier país” estaría pensando en alguno de los que la persona aludida tiene por mejor gobernados, es decir, en alguna dictadura de primitivo despotismo. Porque en ningún país civilizado, que yo sepa, se sanciona con semejante brutalidad a quienes notoriamente actúan movidos por impulsos, justificados o no, de carácter político. Si el 10 de marzo hubiese fracasado y si el Gobierno de Carlos Prío, por remota hipótesis, hubiese pretendido aplicar, o hubiera aplicado, una sanción semejante a los incursionistas de la famosa Posta 6, todo ciudadano sensato, aunque no fuera amigo del General Batista, y de sus colaboradores en aquella faena, hubiera condenado enérgicamente el exceso, y la pluma que esto escribe hubiera sido la primera.

Ese comedimiento en la sanción de los conatos insurreccionales es propio, repito, de todos los países civilizados que tienen conciencia limpia. Aun más dable debe serlo de los que la tienen sucia. Yo creo que esta es

justamente una de las razones por las cuales el derecho de asilo ha tenido tanto valimiento y disfrutado de tan general respeto en Hispanoamérica. Los nuestros son países en formación, con una gran cantidad de resabios primitivos todavía, con una vida política que se sabe a sí misma muy distante de lo impecable. Las insurrecciones, que en democracias más genuinas son ya casi inconcebibles, en nuestras repúblicas a medias se tienen casi por eventualidades de cierta “normalidad” y hasta de cierta profunda legitimidad, con las cuales siempre hay que contar. Si vienen, no es cosa de allanarles el camino, pero tampoco de ponerse demasiado brutos después de sofocarlas. De ahí que el derecho de asilo impere. Es como un reconocimiento tácito de que la revolución en nuestros países no es nunca un pecado mortal. Aparte de que hay también lo de “hoy por ti y mañana por mí...”.

En el caso que motiva este comentario, el argumento más poderoso de fondo es, desde luego, que los muchachos del Moncada no intentaron hacer sino exactamente lo mismo que el General Batista hizo, solo que no tuvieron la influencia ni la habilidad del General para tramitarlo. No vale decir, por supuesto, que el expresidente estaba asistido de altos propósitos patrióticos y aquellos muchachos no; que él tenía buenas razones de orden público y que los del Moncada no las tenían. Nadie tiene derecho a cogerse para sí todo el patriotismo, o a pretender que solo el suyo es de calidad histórica. He oído decir que cuando Fidel Castro declaró ante el tribunal que lo juzgó en Santiago de Cuba, al preguntársele quién había sido el inductor intelectual de su movimiento, contestó sencillamente: “José Martí”. No creo que esto fuera un golpe de teatro. No se lanzan unos jóvenes a semejante riesgo por una mera ambición de baja laya. Si estaban equivocados,

no hay duda de que tuvieron por lo menos el error sublimado y heroico.

Se les concedió amnistía, y muy bien concedida por cierto, a los otros jóvenes del grupo del doctor García Bárcena¹, a quienes se les acusó de planes semejantes. A los del Moncada se les niega. Pero entre uno y otro movimiento no hay más que una diferencia de grado en la ejecución. No parece haber evidencia de que la intención no fuese en ambos casos la misma, o que no fuese motivada por análogos impulsos e ideas. Se dirá que lo que justifica el que se castigue más severamente a los del Moncada es precisamente la mayor peligrosidad que implica el haber logrado llevar ellos más adelante su intento. Pero yo vuelvo a mi consideración anterior de que en estas cosas insurreccionales lo más franco y directo suele ser, en realidad, lo menos peligroso. Si yo fuese poder y mi destino quisiera ponerme conspiraciones en frente, las preferiría del estilo abierto, en que la proporción de las fuerzas a favor del poder es siempre abrumadora.

¿Se llevará ese argumento de la peligrosidad hasta el extremo de pensar que estos jóvenes del Moncada, caso

¹ Se refiere a Rafael García Bárcena (1907-1961), filósofo, revolucionario y poeta que tres meses después del golpe militar de Batista fundó en la Universidad el Movimiento Nacionalista Revolucionario. En la práctica, era una escisión del Partido Ortodoxo que buscaba derrocar a Batista por medios violentos. Dirigió sus actividades conspirativas hacia la juventud estudiantil y los medios militares y edita con el nombre de *Vanguardia*, el órgano de prensa de este movimiento. El 5 de abril de 1953, probablemente como resultado de una delación, fue detenido junto a otros jóvenes miembros de su organización, y lo acusaron de organizar y dirigir un intento de tomar por asalto el campamento militar de Columbia. Fue torturado y condenado a dos años de prisión en Isla de Pinos. Lo indultaron y fue puesto en libertad en de junio del año siguiente. Ante la posibilidad de ser de nuevo encarcelado, partió al exilio, pero regresó poco después y se mantuvo militando en su grupo. Después de 1959 fue nombrado Embajador de Cuba en Brasil.

de ser puestos en libertad, volverían con toda seguridad a las andadas?... No lo sé; no estoy en el secreto de sus intenciones ni tengo modo de calcular sus reservas de coraje cívico, aunque las imagino considerables. Pero se necesita ser muy ingenuo para suponer que, en caso de ser liberados por una amnistía, esos jóvenes quedarán tan desprovistos de vigilancia que pudieran, efectivamente, volver a ser “peligrosos” para el régimen.

¿Qué se saca, pues, con tenerlos en el presidio?... Políticamente, no se le sigue ninguna ventaja de ello el Gobierno. Está tratando de acreditar la sinceridad de unas elecciones, y esa presencia de los muchachos del Moncada, mejor dicho, esa ausencia de ellos entre rejas, proyecta una sombra tremenda sobre la sinceridad que el Gobierno pretende, sobre la libertad que la oposición reclama, sobre la diafanidad de ambiente que unos comicios exigen. Yo creo conocer un poco al General Batista, y no me lo imagino aprobando eso del todo en su fuero interno, que es un fuero militar, pero también muy político. ¿Será una concesión al criterio, o al rencor de los hombres de uniforme? En tal caso, argumentos sobrados tendría el General, estoy seguro de ello, para convencer al Ejército de que si las elecciones han de servir para algo, no deberá ser precisamente para inmovilizar rencores o para que el pueblo siga teniendo la impresión de que su voluntad es solo una voluntad a medias... Estoy también seguro de que en las fuerzas armadas hay —porque son cubanas— una inmensa mayoría de hombres generosos, que prefieren no tener que llevar cadáveres a cuestras.

En fin, toda la opinión política, de todos los partidos, vería con gusto la amnistía. La abstencionista, porque resta un sumando a la cuenta de sus rencores y de sus recelos y porque les devuelve la libertad a jóvenes más

o menos adscritos a sus filas. La electoralista, porque le quita de encima el rubor de tener que hacer una campaña con presos políticos en la cárcel, la cual da a toda su movilización un aire de buscar más las actas que la justicia. La opinión de los partidos de Gobierno, porque es un tanto menos que en su contra se puede esgrimir. Y la opinión pública neutral, o simplemente no-sectaria, vería en la amnistía de los jóvenes del Moncada un paso más —el más prometedor, justamente porque es el más difícil de dar— hacia la restauración de la normalidad. Lo cual no es solo cosa de formalismo eleccionario, sino de espíritu genuino: tarea de ir sacando espinas y no de encontrarlas.

(*Bohemia*, 29 de junio de 1954)

ÍNDICE

Esta compilación... / 7

Mañach: un sabor de ceniza en la boca / 9

¿Por qué no la amnistía a los del Moncada? / 17

El drama de Cuba / 24

La Revolución cubana y sus perspectivas / 58

Acabar con la sangre / 73

Menelao, Echevarría y Pelayo / 79

La revitalización de la fe en Cuba / 83

Caídos en el umbral / 98

Los rojos y pizarro / 103

El ángel de Fidel / 105

Gato en el tejado caliente / 109

El camino de la Revolución / 111

De la sanción excesiva / 115

Variaciones del “¿para qué?” / 119

Diálogo con lo inmediato y lo histórico / 122

Legaciones, ¿para qué? / 126

La Revolución y el orden / 128

Campesinos en Filosofía y Letras /	131
Meditación del 26 de Julio /	134
Guajiros en casa /	137
La cura que quisimos /	140
Aulas y más aulas /	146
Primer examen de la nueva Cuba /	149
Pequeña filosofía de la Reforma Agraria /	156
Dos cartas del exilio /	165
Camilo /	174
La estrella en el mástil /	176
Las condiciones de la paz /	186
Respuesta a buenos entendedores /	194
¡Déjennos en paz! /	204
Acciones y reacciones /	211
De cómo vivir en Revolución /	220
La universidad y la Revolución /	227
Habla para <i>Bohemia Libre</i> el Dr. Mañach /	237
Jorge Mañach o la tragedia de la inteligencia en la América Hispana (por Gastón Baquero) /	247